

Nº 523
20
Octubre
2021
Miércoles



La mala educación

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

En la celebración de la Fiesta Nacional se produjo un hecho repetido pero que, por primera vez, recibió una apostilla gubernamental. Me refiero al abucheo a Sánchez cuando los ciudadanos escucharon su nombre por los altavoces. Hace tiempo que no puede acudir a actos en los que no se vea rodeado de partidarios sin recibir el sonoro descontento del pueblo soberano, lo que el desalojado Pablo Iglesias consideró «jarabe democrático». Hasta ahora Sánchez recibía este jarabe se diría que resignado,



pero en esta ocasión movilizó el apoyo de Margarita Robles, una ministra que va perdiendo fuelle sobre todo tras la última remodelación gubernamental que no le afectó.

La ministra Robles se sintió obligada, la gratitud ante todo, a defender al jefe descalificando a quienes le abucheaban, le

gritaban «¡fuera!», «¡okupa!», «¡dimisión!» o le silbaban. Esta vez las televisiones, incluidas la oficial y las sobrecogedoras, no apagaron el sonido de fondo; la sonora protesta llegó a los hogares. Sánchez está placeado y unió su llegada a la del Rey, sin cumplir apenas el protocolo de la espera, tratando de enmascarar sus abucheos con los vítores y aplausos al monarca. No lo consiguió. Y ocurrió lo mismo cuando Sánchez y el Rey abandonaron la Castellana tras el desfile.

Las televisiones engrasadas o afines incluyeron en sus informativos las declaraciones de la ministra Robles tildando de maleducados a los protestones. Cuando los de siempre insultan a Felipe VI y se mofan del himno nacional en una final de Copa del Rey si la juega el Barça, se trata de libertad de expresión, y si abuchean a Sánchez es mala educación. Recordé una sabia aseveración de Tirso de Molina que viene al caso: «Peca de grosero quien aguarda

que le digan que se vaya». Según el inquieto dramaturgo y fraile, el maleducado sería Sánchez al permanecer contra viento y marea habiendo quebrado todos sus compromisos al pactar con quienes aseguró reiteradamente no hacerlo e incumpliendo una tras otra sus promesas desde la moción de censura que le llevó a la Moncloa utilizando como ariete la manipulación de una sentencia condenatoria que no existía como determinó un pronunciamiento judicial posterior.

La única muestra de mala educación, y ésta de calado institucional, que observé en el acto del Doce de Octubre se debió al propio Sánchez al negar el saludo a la presidenta de la Comunidad de Madrid y al alcalde de la capital. El pecado de Díaz Ayuso y de Martínez Almeida es que ganan elecciones al partido de Sánchez. Al negarles grosera y ostensiblemente el saludo Sánchez



evidenció que sólo gobierna para los suyos y fuera de los suyos no reconoce representatividad alguna. Actuó de dictadorzuelo, prepotente, maleducado y vengativo. «*L'état c'est moi*» y los demás punto en boca. A Sánchez se le queda pequeño el Palacio de la Moncloa y no pocos arguyen que sus miras están puestas

en el Palacio de Oriente que fue residencia, aunque no se recuerda, de Manuel Azaña. Otro egocéntrico pero con talento. Azaña como político resultó bizcochable y se equivocó.

La mala educación en la política ha crecido en los últimos años paralelamente a una dañina resurrección del enfrentamiento. España no está dividida por los territorios sino por el odio. La hostilidad en el seno de la sociedad es una realidad provocada y no precisamente por quienes señala cierta izquierda. Está a la vista. Además, la mala educación se manifiesta también en hechos que, a menudo, consideramos nimios. Por ejemplo, la falta de respeto a las Cortes Generales que representan la soberanía nacional cuando se ha hecho habitual que diputados y senadores –los podemitas y sus compadres– acudan con vestimentas inadecuadas, más propias de una excursión campestre que del ejercicio de legislar. Por respeto al Parlamento y a su historia no debería ser así. Y eso ocurre por la desidia de sus sucesivas presidencias.

La mala educación no se muestra, o no se muestra sólo, en abucheos. El primer compromiso de Sánchez –las protestas se dirigían a sus mentiras, a su gestión– debería ser considerar que es el presidente de todos y, por ejemplo, no negar el saludo a representantes institucionales porque no son de su cuer-

da y le ganan elecciones. La fijación de Sánchez con Madrid empieza a no ser materia de analistas políticos. Es una patología. .

* * *

«Sánchez es el socio de ETA y Felipe González está gagá»

Eduardo Inda (*Periodista Digital*)



Felipe González está gagá o es que regresa el inmoral que fomentó la corrupción entre sus ministros, que consintió el saqueo de los fondos reservados, que fue el Señor X de la banda terrorista GAL y que espía a todo quisqui por Cesid interpuesto.

Este 16 de octubre de 2021 flipé con su apoyo a un Pedro Sánchez al que hasta ahora había puesto a caer de un burro con más razón que un santo.

Que un ex secretario general o presidente de un partido respalde al que ocupa el cargo que un día fue suyo es lo normal. Pura lógica.

Lo que se antoja más rarito es que lo haga alguien que ha puesto a parir a ese Rey Sol de tres al cuarto que es el todavía presidente del Gobierno.

Y no es que le haya criticado incisivamente una, dos o tres veces, es que el número de pullas que le ha lanzado en los últimos años roza el medio centenar. No es una hipérbole. Son cuentas, números, no cuentos.

Ahí van algunos de los dardos envenenados que con toda la razón del mundo Felipe le ha dedicado en los últimos seis años, los mismos que han transcurrido desde que Pedro Sánchez fue candidato a La Moncloa por primera vez anotándose el peor resultado de la historia del PSOE.



Allá por 2016 insistió en que se sentía «engañado» por el sucesor de su sucesor como presidente del Gobierno socialista. Una de

las críticas más acerbadas sobrevino hará cosa de medio año a cuenta de la inempeorable gestión de la pandemia: «Cuando todo está mal, aparece ahí un tío y dice que todo está bien y que el futuro es cojonudo».

Sobra descifrar quién es el «tío».

O como cuando el hombre que más años ha vivido en Moncloa también le zurró por delegar el estado de alarma en las autonomías: «Es una puñetera locura».

Volvió a incidir en esa impresentable manía de Pedro Sánchez de vendernos los mundos de yupi con la que ha caído económica y sanitariamente en los dos últimos años, con más de 140.000 compatriotas fallecidos a cuenta del virus chino.

«Usted no está sufriendo la realidad de crisis y sufrimiento que yo estoy viviendo», le puntualizó hace meses un Felipe González que tiene 79 años, edad de riesgo donde las haya, y que ha visto irse a decenas de coetáneos amigos y conocidos.

El mismo que se distanciaba del presidente que ha pactado con el jefe de ETA, Arnaldo Otegi, con los golpistas catalanes y con los sicarios en España de Nicolás Maduro y el ayatolá Jamei.

«No estoy en esa corriente oportunista», apuntó González, «que dice: “donde está el poder, estoy yo”».



El Felipe González Márquez que se mostró tajantemente en contra de los indultos:

Yo no lo haría, el debate no es si se dan las condiciones, sino si están dispuestos a respetar la legalidad.

Blanco y en botella. Él y no otro fue el que, cabreado como una mona, replicó sin contemplaciones a Podemos y a los miembros del ala más extrema de su partido que le exigían que cerrara el pico y se dejase de criticar al Ejecutivo: «A mí nadie me manda callar».

Tampoco era precisamente un sosias ni un clon de Felipe González el que tildó de «camarote de los Hermanos Marx» el Ejecutivo socialcomunista ni el que subrayó que no le gusta «que [PSOE y Podemos] se repartan cargos antes de conocer el programa».

El que soltaba todo esto y por su orden es el mismo que al poco de dejar la Presidencia del Gobierno en 1996 anunció que no intervendría en debates públicos con un símil ciertamente maravilloso, porque brillante, lo que se dice brillante, el pavo es un rato brillante.

Un ex presidente es como un jarrón chino en un apartamento pequeño. Un objeto de valor que nadie sabe dónde ponerlo y que corre el riesgo de que un niño le dé un codazo y lo acabe tirando a la basura.

Este mismo personaje es el que ayer laudó a Pedro Sánchez como reelegido «compañero secretario general» del Partido Socialista: «Mi lealtad es con un proyecto que ahora encabezas tú».

«Adelante», prosiguió, «el PSOE es un instrumento al servicio de la sociedad, no un fin en sí mismo, y por eso tiene que escuchar a la sociedad e integrarse con ella».

Y, en un ejercicio de hipocresía nivel dios, alabó la gestión de la pandemia del Gobierno socialcomunista. Hay que ser muy desahogado para poner en circulación estas loas después de todo lo que ha ido saliendo de su boquita en el último año y medio.

Alfonso Guerra tiene más dignidad. Si bien es cierto que el martes criticó la a mi juicio legítima y no menos necesaria pitada a Pedro Sánchez, «hay quien abuchea a un presidente y aplaude a una cabra, cada uno elige quién le representa mejor», lo cierto es que su gesto encarnaba más la defensa de la figura institucional del primer ministro que una bajada de pantalones modelo Felipe.



El ex vicepresidente por antonomasia al menos tuvo la decencia de no pasarse por Valencia. Lo contrario hubiera sido una ignominia para un personaje que está mejor que nunca y mejor que nadie.

No veo yo sacando la cara por Sánchez a un genio que lo retrató mejor que nadie en el invierno de 2018:

Jamás he conocido a nadie con unas ansias más grandes de dormir en La Moncloa, ¡Ni en los presidentes del PP! Ese afán de protagonismo, esa afectación por su imagen, ese estudio de sus gestos y sus poses, ese terrible vacío en todo cuanto dice, la insignificancia de su mensaje, las ansias porque no le saquen de ahí ni con agua hirviendo, aunque para ello tenga que asociarse con lo peor de cada casa... Hemos fracasado en este partido que hoy tenemos y nada hace prever que las cosas puedan mejorar.

El cierre de filas del Congreso socialista, inesperado y aparentemente incomprensible, sólo tiene una explicación: que las cosas no sólo van mal sino que Moncloa las ve peor.

Las encuestas lo pueden decir unánimemente más alto pero no más claro, Pablo Casado sacaría entre 30 y 40 escaños en estos momentos a Pedro Sánchez y gobernaría con ligera holgura con el apoyo de Santi Abascal. Obviamente, no llega a esa conclusión el CIS del malversador de caudales públicos Félix Tezanos. Pero el CIS es una repugnante mentira que sufragamos con nuestros impuestos.

Sánchez va ahora de moderado socialdemócrata versión ese Felipe González que arrasó cuatro elecciones seguidas con una política centrada y transversal en la que increíblemente todos se sentían cómodos.

Cómo serán las cosas que el secretario general del PSOE ha rebautizado como «Área de Política Autonómica», que dirigirá Guillermo Fernández Vara, un



«Área de Política Federal» cuya batuta ostentaba hasta ahora ese sin fuste cum laude que es Patxi López.

Pero no cuele. Ni colará. Son demasiadas fechorías como para hacernos comulgar con ruedas de molino, como para que pensemos que es el émulo posmoderno de Willy Brandt, Olof Palme, Mit-

terrand o el mismísimo Felipe.

Sánchez es como la mona. Por mucho que se vista de socialdemócrata, socio de ETA, ERC y Podemos se queda.

* * *

88.269

Rafael Sánchez Saus (*Diario de Sevilla*)

El Ministerio de Sanidad ha tenido este año el detalle de no hacer coincidir con las vísperas de la Navidad la publicación de las cifras de abortos perpetrados en 2020 en España. Es esa que sirve para titular esta columna, a la que debe añadirse, para tener completo el cuadro, que más del 90 por ciento de esos abortos se han llevado a cabo sobre fetos viables de madres sanas. Más aún, entre el 10 por ciento restante se encuentran los realizados con propósito claramente eugenésico, es decir los que están procurando el exterminio desde su estado fetal de los humanos afectados por el síndrome de Down, entre otras situaciones que no pueden llamarse propiamente ni siquiera enfermedades.



Otra cifra que posee interés es la de 10.880, que se corresponde con el descenso en el número de abortos practicados en 2020. Cabría felicitarse por ella si no fuera porque al mismo tiempo se ha producido este año, una vez más, una importante caída en el número de nacimientos, de modo que se mantiene incólume el aterrador porcentaje de un aborto por cada cuatro niños nacidos, algo que supera incluso el de bajas entre los combatientes en las guerras más feroces. Hoy, en España, un niño que nace es literalmente un superviviente, y

es altamente improbable que a lo largo de su vida deba arrostrar un riesgo semejante al de ser abortado antes de haber abierto los ojos al mundo.

Esta verdadera monstruosidad se produce, además, en tiempos de inocultable declive demográfico, anunciadores de una catástrofe de la que muy a duras penas vamos tomando conciencia. En esas circunstancias, es para mí un misterio irreductible la fijación de toda la izquierda con el aborto, del que ha hecho algo así como la prueba de calidad de la libertad femenina, su incomprendible ceguera, que le lleva a preferirlo a cualquier otra solución a un embarazo no deseado, la negación cerril ante la evidencia de estar ante seres humanos condenados a una muerte salvaje por desmembramiento o disolución química. Pero tampoco es comprensible el cínico silencio del PP, que tuvo en su mano revertir la situación y hoy la da por buena. Entre todos estrechan el cerco al movimiento provida, sugieren crear listas de médicos objetores de conciencia y niegan la menor ayuda a las asociaciones que protegen a las madres y a los recién nacidos sin recursos. La pulsión de muerte que alienta en la cultura de esta época ha encontrado en el aborto su expresión tan bestial como definitiva.

* * *

La voz de Dios

Constantino Quelle Parra



«Y dijo Dios» (Gn 1,3). Sonó el trueno... Y su voz sigue sonando en el universo esperando ser traducida en la finitud del tiempo.

El relámpago oscureció las ideas y el rayo hirió al silencio ¿Cómo expresar la infinitud con el límite de las palabras?

El fuego de aquella zarza fue el vehículo que condujo a Moisés hasta la cima del Sinaí, lugar donde encontró la resonancia que aquella llama inconsumible provocó y sigue provocando al materializarse en el eco de las diez palabras.

La voz de Dios no tiene fonemas al igual que su figura no tiene cuerpo. No existe finitud que abarque el infinito. Quien le haya escuchado se encuentra ante un paradójico dilema: Traducirlo es imposible ¿Qué hacer?

La historia de las religiones trata, a través de las palabras, los ritos y los hechos, de hacer comprensible lo inconmensurable de la divinidad.

Las diferencias de estas resonancias avalan su autenticidad.

Nada ni nadie puede resumir lo dicho desde la eternidad. Solo por aproximación podemos traducir el decir de Dios.

Quizás la más hermosa aproximación la encontremos en la entera humanidad, representada simbólicamente en Cristo. En el Jesús de la historia, la Inmanencia revela el misterio de la trascendencia... y en la oscuridad de la muerte, amanece la luz que sigue dando sentido a la vida.

Su lenguaje se universaliza en Pentecostés sin otra posible traducción que la exigencia de amar. El amor, se hace visible en la entrega incondicional hacia el misterio encarnado en cada ser humano.

Somos resonancias del decir de Dios. Tan en-terrados y des-terrados como proclamados y acogidos por un hábito inconfundible de esperanza.



Si el decir de Dios es eterno, su voz no puede ser paralizada por el tiempo. Recorre, sigue recorriendo, el devenir de la historia a la espera (siempre la esperanza), de que alguien, en Cristo, sintonice y traduzca en palabras lo que el mundo necesita oír.

Encarnar este misterio es humanizar, conforme a los signos de los tiempos, aquel primigenio decir de Dios que hizo, y sigue haciendo posible, todo cuanto nos rodea.

Todo lo demás, «¡vanidad de vanidades, todo vanidad!» (Ecle 1,2). «Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios» (1Cor 3.19).

* * *

La falta de transparencia del Gobierno de Melilla en la retirada de la estatua del comandante Franco

Guillermo Rocafort Pérez (*El Faro de Melilla*)

Secretario de la Plataforma Millán Astray y Veterano Legionario del Gran Capitán y Abogado

Jamás una Administración autonómica había recibido tres resoluciones del Consejo estatal de la Transparencia y del Buen Gobierno que evidenciara la más absoluta opacidad en relación a un mismo asunto administrativo. La palma de semejante «demérito» corresponde al actual equipo de gobierno de la Ciudad Autónoma de Melilla y con respecto a los procedimientos administrativos vinculados a la retirada de la Estatua del Comandante Franco de la ciudad.

En concreto hay tres resoluciones de dicho Consejo, todas del año 2021, en las que se resuelve estimar las reclamaciones interpuestas contra el Gobierno de Melilla por constituir sus objetos información pública en virtud de la Ley 19/2013, de Transparencia, Acceso a la Información Pública y Buen Gobierno.

Son la resolución RT 0145/2021 de 17 de junio de 2021, en donde se obliga a las autoridades melillenses a la remisión de la copia del expediente administrativo completo relativo a la retirada de la estatua del Comandante

Franco de la Ciudad de Melilla, la resolución RT 0385/2021 de 8 de septiembre de 2021, relacionada en parte con las copias de la licencia de obra concedida para la retirada del monumento del Comandante Franco, los permisos de la Consejería de Cultura para su retirada, y otras autorizaciones necesarias, y finalmente la resolución RT 0419/2021 de 24 de septiembre de 2021, relacionada con el expediente completo de declaración como bien BIC (Bien de Interés Cultural) del conjunto histórico de Melilla y de todas las actuaciones que se han llevado en sus inmuebles y equivalentes en los siete últimos años, así como la especificación de la protección de que disfrutaban los inmuebles sitios en el conjunto histórico de Melilla como bien BIC y su normativa aplicable para cualquier actuación que se realice en ellos.



En estos tres procedimientos de reclamación precitados, el Gobierno de Melilla ha seguido el mismo patrón de comportamiento: ni aportaron dicha documentación en una primera fase ante una petición directa de información ni tampoco efectuaron alegaciones ante el Consejo de la Transparencia una vez efectuada la reclamación ante este organismo. Es decir, aplicaron una opacidad reincidente y en distintas fases de los procedimientos.

Ahora cabría preguntarse por qué ha actuado de esta manera el Gobierno de Melilla. La respuesta a esta cuestión es evidente bajo mi punto de vista; a saber, para hurtar a la opinión pública melillense y española la cantidad de irregularidades que encubre su actuar en relación a dicha Estatua.

Primero, que la Estatua fue encargada por el primer Gobierno municipal de la Ciudad en Democracia el año 1977 para reconocer el papel de Franco en la defensa de Melilla en 1921, y que, por lo tanto, no se le puede aplicar la Ley de Memoria Histórica; segundo, que no se han seguido durante la retirada las pautas y garantías de protección de un bien inmueble contenido en una zona declarada BIC; y tercero, que la descoordinación y la chapuza administrativa que llevó a cabo dicho Gobierno de la Ciudad sólo obedece al oportunismo ideológico y sectario de sus postulados electoralistas.

Es evidente que las autoridades de la Ciudad no se conocen la Ley de Transparencia y al menos todo lo descrito debe de servir para que sus máximos responsables entonen un «mea culpa» sobre su ignorancia, pero es que ni siquiera se va a llegar a ese punto porque están enrocados en su soberbia, desconocimiento e ilegalidad, pero no debe de olvidarse que España es un Estado de Derecho donde al final todos los ciudadanos, incluidos los políticos, están sometidos al Imperio de La Ley, y al igual que hemos conseguido que la calle

General Minan Astray haya sido repuesta en la Capital de España con todos sus honores, tras un largo procedimiento judicial que ha durado cinco años, también estamos convencidos de que conseguiremos lo mismo con la Estatua del Comandante Franco en Melilla.

Y lo haremos desde la Transparencia y la Verdad, superando todos los obstáculos y arbitrariedades del poder, para que alcance su plenitud aquellos que cantábamos en el Tercio Gran Capitán y que aprendimos miles y miles de jóvenes españoles venidos de la península en tierra africana: «Como somos Caballeros Legionarios, hay mucha gente que no nos camela, como si fuera un delito, ser de la Legión Extranjera...».

O también como cantan nuestros hermanos de la Legión Francesa, «*Je Ne Regrette Rien*» (No me arrepiento de nada).

* * *